

La contribución del profesor Antonino González Blanco a la Antropología en Murcia

José Antonio Molina Gómez

Resumen: Este artículo aborda la aportación del profesor A. González Blanco en el campo de la Antropología y Etnografía de la Región de Murcia. Se toman en consideración sus contribuciones sobre el hábitat en cueva, sus trabajos sobre la tecnología popular en el caso de los alfares, pozos de la nieve y almazaras, sin omitir otros planteamientos de índole conceptual como el problema de la tradición en las sociedades antiguas y actuales, así como el mundo de los cuentos y la tradición sapiencial popular. Asimismo se valora su estudio y registro de la toponimia actual de La Rioja y Murcia, y su contribución a la defensa y conocimiento del patrimonio cultural de la Región de Murcia.

Abstract: The aim of this article are the works made by prof. A. González Blanco on anthropologic and ethnographic fields in Murcia. We take into account his studies on cave settlements, folk-technology –specially pottery, cold-stores and oil mills–, conceptual questions like tradition in ancient and contemporary societies, and his studies about folk-tales and traditional wisdom. His contributions on contemporary toponymy from La Rioja and Murcia, and his efforts in defense of cultural patrimony of Murcia are taken into account as well.

INTRODUCCIÓN

En las líneas siguientes vamos a reflexionar sobre la aportación del profesor A. González Blanco a la Antropología de la región de Murcia. No es nuestro propósito

ofrecer una bibliografía detallada de su producción en este campo¹, sino tratar de dar una explicación razonada de una parte cuantitativamente muy significativa dentro del conjunto de su obra². Cuando el profesor González Blanco (*13-8-1936, Medrano) se hizo cargo de su cátedra en Murcia en noviembre de 1979, llegó con un sólido bagaje intelectual (con un dominio claro de las filologías clásica y semítica) y una formación profunda en gran parte adquirida en el extranjero (con los nombres evocadores de Oxford, Roma y Bonn). Sin embargo no se dejó confinar en los límites academicistas para ser 'sólo' lo que se esperaba de un historiador de la Antigüedad. Su capacidad de trabajo y de investigación, que ha rozado siempre lo extraordinario, se combinó además con un estrecho contacto con los problemas del trabajo de campo como ya había hecho en La Rioja, llegando a conocer la Región de Murcia como pocas personas en un tiempo muy breve. Puede decirse que la vocación por el trabajo de campo debió nacer antes de que su vocación puramente histórica llegara a manifestarse y seguramente aquella vocación empezó a despuntar tempranamente de muy diversas formas en su Medrano natal³. El contacto con la gente del pueblo, el conocimiento y hasta la participación en sus problemas y esperanzas, combinado con una extraordinaria capacidad de observación y de comprensión de la realidad hicieron que el interés por lo antropológico, por los detalles y entresijos de las comunidades antiguas y modernas hiciera aparición casi sin esfuerzo y de la manera más natural en su producción científica y en la orientación de sus trabajos. Muchos discípulos del profesor González Blanco han tenido muy presente su empleo del concepto clave de *intrahistoria* como era formulado por Miguel de Unamuno en su ensayo sobre el casticismo en 1895:

«Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y se van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que, como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la Historia. Sobre el silencio augusto ... se apoya y vive el

1 Máxime cuando es una tarea ya realizada dentro de este mismo volumen, *vid.* LUJÁN ORTEGA, M., y GARCÍA MARTÍNEZ, T., «Bibliografía de bibliografías. La producción científica de Antonino González Blanco», pp. 415-439. *Cf.* asimismo González-Blanco García, E., «Currículum vitae de Antonino González Blanco (junio 2006)», *Antig. Crist.* XXIII, 2006, pp. 983-1049.

2 LUJÁN ORTEGA, M., y GARCÍA MARTÍNEZ, T., *art.cit.*, punto 2 «bibliografía de antropología/etnografía», pp. 422-425.

3 El profesor GONZÁLEZ BLANCO cita a menudo el conocido adagio según el cual «la patria común de los hombres es su infancia», pensamiento que aparece frecuentemente en la literatura universal, en BAUDELAIRE, SAINT-EXUPERY, RAINER M. RILKE y también en nuestro MIGUEL DELIBES, y que siendo cierto para el poeta y el escritor, lo es también para el historiador y en general para cualquier hombre.

sonido; sobre la inmensa Humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la Historia»⁴.

A partir de ahí se entiende una de las preocupaciones clásicas en la obra de nuestro homenajeado: el problema de la *tradición*, problema tanto histórico como antropológico⁵. El hombre de letras que estudió la sociedad del Imperio Romano a través de la obra de San Juan Crisóstomo ha sido también quien se ha dedicado a la toponimia en sus trabajos de campo, a la arqueología con el descubrimiento de la ciudad romana de Begastri o los estudios de heráldica, y a una nada desdeñable antropología histórica de cuya repercusión se pretende hablar aquí.

LA COMPRENSIÓN DE LA REALIDAD A TRAVÉS DE UNA NUEVA PERSPECTIVA

Puede decirse sin temor a equivocarse que para el profesor González Blanco una mejor comprensión de la realidad actualmente viva de la gente, del pueblo, y en general de la vida sólo puede hacerse desde una perspectiva histórica, y a la inversa, la recta comprensión de los fenómenos históricos tendrá éxito comprendiendo la propia época, y más aún, siendo sobre todo consciente de cómo vive la gente, cuáles son las preocupaciones del pueblo, cómo conviven y cómo trabajan, cuáles son fiestas, sus tradiciones. Lo cual no supone caer en el comparativismo sin sentido crítico: la comprensión histórica tiene que ser en realidad una comprensión cultural orientada también a los problemas generales y cotidianos de la vida. Como recuerda Marc Bloch: «El historiador debe tener interés por la vida»⁶. En este sentido, primeramente por intuición y por vocación, y ulteriormente por formación, el profesor González Blanco recuerda a los mejores exponentes de la historiografía alemana que desde los tiempos de los grandes historiadores de la religión antigua Hermann Usener, Hermann Diels, Albrecht Dieterich hasta llegar a Otto Weinreich se habían esforzado una y otra vez en hacer ver la estrecha vinculación que debía existir entre los estudios de cultura clásica y la etnografía y antropología cultural, combatiendo aquellos

4 UNAMUNO, M. DE, *En torno al casticismo*, Madrid, 1979, 27-28.

5 Cf. el prólogo al libro de INIESTA VILLANUEVA, J.A., y JORDÁN MONTÉS, J., *Ritos mágicos y tradiciones populares de Hellín y su entorno*, Albacete 1991, 9-13; asimismo «La tradición un tema central en la vida de los hombres», *Antig.Crist.* XIV, 1997, 11-18.

6 BLOCH, M., *Apología de la historia o el oficio de historiador. Edición crítica preparada por Étienne Bloch*, México 1996, *vid.* concretamente p. 139: «El objeto de la historia es, por naturaleza, el hombre. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular que favorece la abstracción, a una ciencia de lo diverso le conviene el plural, modo gramatical de la relatividad. Tras los rasgos sensibles del paisaje, [las herramientas o las máquinas,] tras los escritos en apariencia más fríos y las instituciones en apariencia más distanciadas de quienes las establecieron, la historia quiere captar a los hombres. Quien no lo logre nunca será, en el mejor de los casos, sino un obrero manual de la erudición. El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa».

puntos de vista excesivamente reduccionistas propios de la hiperespecialización que pretendían confinar a los historiadores y filólogos de la Antigüedad a la tranquilidad de los despachos y los estrechos límites de las salas de lectura de las bibliotecas, pues una biblioteca no sirve para nada si no se sabe muy bien qué buscar en ella y la reflexión en un despacho rodeado de libros y silencio no da fruto si no se ha andado antes por el camino de la realidad y de la observación.

Otto Weinreich traía a la memoria un pensamiento de su maestro Albrecht Dieterich que no desmentiría el profesor González Blanco:

«Es una ley que nadie debe transgredir sin castigo: lo extraño podemos entenderlo sólo si comprendemos lo análogo en nosotros y en nuestro pueblo, si vive de alguna manera emparentado con nuestra propia vida»⁷.

Por tanto, la relación entre historia antigua, filología clásica y la antropología y la arqueología debía ser de una interdependencia mutua ya que todas entre sí podían explicar los fenómenos históricos y culturales desde una perspectiva integradora y se necesitan recíprocamente. En este sentido, y sin mucho temor a la ideología de los compartimentos estancos ni a los «discursos dominantes» que constreñían a cada cual en su especialidad, y suponemos que haciendo caso omiso a una mala pero corriente interpretación del refrán «zapatero a tus zapatos», el profesor González Blanco se aventuró en el terreno de la etnografía y el trabajo de campo cada vez que lo consideró necesario.

Ciertamente el profesor González Blanco nunca se ha arrogado originalidad ni tampoco según él mismo afirma «ha sido el hombre genial que ha descubierto el Mediterráneo»⁸, sin embargo sí ha llamado la atención en el modo de ver y de entender ciertos aspectos conocidos de nuestra realidad poco tenidos en cuenta. Ha sabido descubrir perspectivas de valor antes inadvertidas en los temas que ha cultivado. Es evidente que dada su formación filológica e histórica fue el estudio del léxico el primer puente tendido hacia los trabajos de campo. En este sentido cabe recordar sus aportaciones a la *toponimia* tanto de la Rioja como de Murcia (éste último además en formato electrónico) con la publicación de dos extensos y exhaustivos catálogos de toponimia actual. La catalogación de los nombres y topónimos actuales así como sus determinativos ofrecía al historiador y al etnólogo una gran cantidad de datos en estado puro a partir de los cuales se podría trabajar y acceder a la realidad histórica y cultural. La labor sistemática de estos repertorios

⁷ WEINREICH, O., «Klassische Philologie und Deutsche Volkskunde» *350 Jahre Gymnasium Karlsruhe*, Karlsruhe 1936, 57-63, reed. en WILLE G., O. Weinreich, *Ausgewählte Schriften II*, Amsterdam, p. 532.

⁸ «Entrevista con el profesor Antonino González Blanco», *Antig.Crist.*, XXIII, 2006, 1050.

alfabéticos informatizados abrió nuevas posibilidades a los lingüistas y estudiosos, pues faltaban aún obras que recojan ordenadamente las entradas de topónimos y sus determinativos. En la toponimia se reflejan usos, costumbres, derecho consuetudinario, tecnología tradicional y cultura popular que quedaban plasmados tanto en el topónimo propiamente dicho como en los determinativos que le acompañaban, nunca meramente descriptivos. De su dedicación al campo no sólo ha nacido una visión más comprensiva y antropológica de los restos materiales de la Antigüedad, sino que también ha hecho posible una comprensión más razonada de la geografía antigua, como prueban sus trabajos sobre *red viaria* y *caminos antiguos*, pero sobre todo por la forja de una nueva asignatura en plan de estudios que ha sido fruto de su empeño personal: una geografía histórica o *chorografía*. Sin olvidar la gran aportación de los estudios sobre toponimia y desde el punto de vista de la etnografía unida a la geografía histórica, el propio profesor González Blanco considera de gran valor en su producción el estudio de la arqueología de las *cuevas artificiales*. Estas investigaciones, junto con el estudio y catalogación de *la heráldica de la región de Murcia* (y no es impropio hablar aquí de la heráldica cuyas raíces se remontan a la Antigüedad y que puede ser perfectamente estudiada desde la moderna Antropología Simbólica), o las investigaciones sobre *picotas y rollos* y de *los pozos de nieve* (tanto en Murcia como en La Rioja), tienen algo en común, y es que aunque eran fenómenos conocidos, faltaba una comprensión integradora que los pusiera en relación con su adscripción histórica, cultural y geográfica; probablemente la contribución más importante del profesor González Blanco sea que con sus trabajos ha invitado a cambiar la perspectiva de enfrentarse a las cosas.⁹ Un buen ejemplo de su preocupación por el léxico y el mundo de las representaciones, y por tanto de esta nueva perspectiva integradora y razonada, se encuentra en sus estudios sobre *las almazaras de la región de Murcia* sobre las que trabajó desde 1983¹⁰, que culminó con un número monográfico de la *Revista Murciana de Antropología* dedicado precisamente al tema. Entre sus trabajos publicados relacionados con esta cuestión, sería interesante destacar «Léxico y realidad en el mundo de las almazaras»¹¹, título desde luego sugerente y como a propósito para mostrar el interés del profesor González Blanco no sólo por el léxico (propio de todo filólogo) sino por la tecnología popular. En efecto, en sus trabajos sobre *técnica alfarera*, sobre el *poblamiento rupestre*, sobre *almazaras y tecnología del vino* vemos tanto al historiador como al etnógrafo curtido en el trabajo de campo.

Una de las contribuciones más importantes del profesor González Blanco a la Antropología de la Región de Murcia sin duda fue su papel en el nacimiento de

9 «Entrevista con el profesor Antonino González Blanco», *Antig. Crist.* XXIII, 2006, 1050-1051.

10 Inicialmente con un proyecto de investigación financiado por la Caja de Ahorros del Mediterráneo.

11 *Revista murciana de antropología* I, 1994, 99-108.

la *Revista Murciana de Antropología*. En ella no vemos sólo la huella de nuestro homenajeado en los artículos firmados por él, sino también en la orientación de la revista, en los campos de actuación y objetivos que se marcaron cada número, cosa perceptible en algo tan elemental como la disposición y ordenación del índice. En efecto, hay en ella una preocupación por artículos de fondo pero otras secciones fijas de la revista resultan reveladoras del espíritu que anima la publicación: se advierte claramente el interés por la memoria de los *forjadores*, es decir, escritores, publicistas, arqueólogos y etnógrafos precursores de la Antropología murciana sobre quienes se traza una semblanza biográfica en cada número; también hay una honda preocupación por la presentación de *materiales*, *cuestionarios* y *bibliografías* para el estudio de la Antropología en Murcia desde un positivismo bien entendido en que se suma la reflexión a la mera catalogación, así como la *revista y recensión de libros*. La propia disposición del *noticario* da una idea clara de la visión amplia desde la que se entiende la Antropología. Pero asimismo la revista se ha convertido en un vehículo de defensa y difusión de la Antropología regional murciana al ser el medio de los que otros etnógrafos, historiadores y antropólogos se han servido para la edición de monografías tales como la dedicada a las almazaras (nº 7 de 2001), u otros números monográficos como *La memoria de Caprés* (nº 4 de 1997, a cargo de Juan Jordán Montes, Anselmo J. Sánchez Ferra y Gregorio García Herrero) en el que precisamente se aprecia el problema de la pervivencia de la tradición; o la edición de *El pensil del ave María* (nº 9 de 2002), la edición de esta obra de José Villalba sobre los santuarios marianos en Murcia editada por Antonio Gómez Villa y Elena González-Blanco García, aún no ha sido justamente valorada; una catalogación y estudio del 'patrimonio inmaterial' en relación con las creencias asociadas a las plantas se aprecia en *Cuando la Chicoria echa flor. Etnobotánica en Torre Pacheco* (nº 6 de 1999, a cargo de Gregorio Rabal Saura); *Camándula. El cuento popular en Torre Pacheco* (nº 5 de 1998, a cargo de Anselmo Sánchez Ferra), este volumen aborda de nuevo el problema de la tradición popular y el mundo de los cuentos tan apreciado por González Blanco¹², o los dos volúmenes dedicados al primer congreso etnográfico del campo de Cartagena (números 10 y 11 de 2004). En esta revista pueden verse las grandes contribuciones del profesor González Blanco a la antropología y las líneas clásicas de su pensamiento en estos temas, como la importancia de la tradición y la comprensión del patrimonio cultural, material o inmaterial.

CONCLUSIONES

Hemos intentado ofrecer aquí una visión meditada de la aportación a la Antropología en Murcia llevada a cabo por el profesor González Blanco hasta el día presente.

12 Cf. por ejemplo su «El gato con botas y la leyenda del gran inquisidor», *Revista Murciana de Antropología*, I, 1994, 99-108.

Hay que concluir destacando que los descubrimientos arqueológicos (importantes no sólo desde una simple perspectiva regional) en los que participó nuestro homenajeado, como fueron el estudio de la ciudad episcopal de Begastri y la Cueva Negra de Fortuna, le llevaron a implicarse casi automáticamente en la *historia local* de Cehegín y Fortuna, no siendo su papel irrelevante en el nacimiento de una revista de historia local como *Alquibir* (publicada en Cehegín), y no debemos olvidar la preocupación constante por la recuperación, conservación y catalogación del *patrimonio cultural en Murcia*, fruto de lo cual fue su actividad en el seno de la Asociación Siglo XXI. Pero posiblemente no es la menor contribución a la Antropología la que ha hecho nuestro homenajeado con favorecer y animar el trabajo de un elevado número de discípulos, muchos de ellos colaboradores de la Revista Murciana de Antropología y que ahora siguen su propio camino, ya que como acostumbra a decir el profesor González Blanco, éste prefiere «que le acompañen a que le sigan». Es de suponer que, liberado en su nueva condición de profesor emérito, de las complicaciones burocráticas y administrativas que acompañan a menudo al investigador universitario, el profesor González Blanco continuará trabajando en el terreno de la cultura y tradición en Murcia acompañado de numerosos colaboradores y amigos.

